

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 29 de Mayo de 1883. | SERIE IX—N. 103

Santísima Trinidad.

La fiesta especial de la SANTÍSIMA TRINIDAD comienza a celebrarse por algunas Iglesias particulares desde el siglo IX, en diversos días del año conforme á las costumbres y prácticas de cada una de ellas. En el siglo XIII, según nos cuenta Durando, se fijó su celebración para todas las Iglesias que ya la tenían admitida, el Domingo de la octava de Pentecostés, como hasta hoy se observa, y en el siglo XIV, bajo el pontificado de Juan XXII, fué adoptada por la Iglesia romana, madre y cabeza de todas las Iglesias del orbe.

Estraño parecerá, que el misterio más venerando y augusto de la religión cristiana, no haya tenido en los primeros siglos una fiesta anual para celebrarse, como la han tenido y tienen todos los demás misterios, la Santísima Virgen y los Santos; y que no sea sino de muy reciente institución, relativamente hablando, la que hoy tiene. Todavía parecerá más extraño, que la introducción de esta nueva fiesta se haya verificado de una manera paulatina, casi en fuerza solo de la privada devoción de los fieles, y con una oposición tan manifiesta de parte de la Santa Sede, que fué preciso vencer muchas dificultades para llegar á establecerse, como hoy lo está, en una forma universal y solemne.

Además, no es esta fiesta una de las que gozan de rito más privilegiado en la Iglesia, como las de la Encarnación, Natividad, Epifanía, Resurrección, Ascensión, y otras; sino que, por el contrario, se la celebra con rito menos privilegiado y con aparato menos solemne, como otras fiestas secundarias y de menor rango ó importancia.

Sin embargo, las mismas circunstancias que se dejan apuntadas, han sido la causa de ese retardo y del procedimiento observado.

Las fiestas todas del año eclesiástico son de la SANTÍSIMA TRINIDAD, y la Iglesia termina siempre sus himnos, sus cánticos sagrados, sus oraciones y sus preeces, invocando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para ensalzar su gloria, y adorar su majestad incomprensible y eterna.

Admitir una fiesta particular, era como desconocer esa fiesta general y continua. En este sentido puede muy bien decirse, que todo el culto de la Iglesia cristiana se dirige á la SANTÍSIMA TRINIDAD, y que el culto que se le tributa á los misterios de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, á la Virgen María y á los Santos, es un culto meramente relativo, en cuanto que por él adoramos ese Misterio inefable, que encierra la idea perfecta de la Divinidad, tal como nos la dan á conocer la revelación y la fé.

Ninguna inteligencia creada habría podido llegar á sospechar, si Dios mismo no se hubiera dignado revelarlo, que en la unidad perfectísima de la esencia divina, se contiene una triplicidad misteriosa. En esa naturaleza infinita, esencialmente una, hay tres personas realmente distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Los apóstoles, en el precioso formulario de la fé cristiana, que nos han dejado como eterno monumento de su divino origen, hacen solemne profesión de creer en Dios Padre, creador universal de todas las cosas, en Dios Hijo, redentor del género humano y restaurador de cuanto existe, y en Dios Espíritu Santo, santificador de las almas y reconciliador soberano de todo lo que hay en los cielos y en la tierra.

Esa solemne profesión de fé, ampliada en los concilios ecuménicos de Ereso, de Calcedonia, de Constantinopla y de Letrán, ha venido repitiéndose, como eco de una palabra divina, de siglo en siglo y en el seno de todas las generaciones cristianas. Millones de inteligencias le han prestado una sumisión respetuosa, millones de lenguas le han proferido con veneración profunda, y millones de corazones y voluntades le han ofrecido sus más ardientes afectos y sus más vehementes simpatías.

San Atanasio, el inmortal y acérrimo defensor de la fé cristiana, en el símbolo que lleva su nombre, y que la Iglesia católica ha reconocido y aceptado como suyo, define este augusto misterio con admirable precisión y profunda sabiduría.

—“Todo aquel, dice, que quiera salvarse, ante todas cosas debe profesar la fé católica.

“La fé católica nos exige, que veneremos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la Unidad.

“No confundiendo las personas ni separando la sustancia.

“Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo;

“Pero es una misma la divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: igual su gloria y su majestad coeterna.

“Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal es el Espíritu Santo.

“Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo;

“Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

“Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

“Y sin embargo, no son tres eternos, sino un eterno.

“Como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso.

“Así también, omnipotente es el Padre, omnipotente es el Hijo, omnipotente es el Espíritu Santo;

"Y sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

"Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es el Espíritu Santo;

"Y sin embargo, no son tres Dioses, sino un solo Dios.

"Así, Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor es el Espíritu Santo.

"Y sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor.

"Porque así como la verdad cristiana nos obliga á confesar, que cada una de las personas es Dios y Señor, así la católica religión nos prohíbe decir que hay tres Dioses ó Señores.

"El Padre por ninguno es hecho, ni creado, ni engendrado:

"El Hijo es de solo el Padre; nó hecho, ni creado, sino engendrado:

"El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo; nó hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente.

"Es, pues, un Padre, y nó tres Padres; un Hijo, y nó tres Hijos; un Espíritu Santo, y nó tres Espíritus Santos.

"Y en esta Trinidad nada hay anterior ó posterior, nada mayor ó menor; sino que todas las tres personas son coeternas y coiguales.

"De modo que, ante todas cosas, como ya arriba se ha dicho, ha de venerarse la Unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad.

"Quien quiera, pues, salvarse, piense así de la Trinidad."

Tal es la definición más cumplida y precisa de este augusto Misterio, según le entiende, le profesa y le enseña la religión cristiana y católica.

No enseña la fé que tres Dioses sean un solo Dios, ó que una sola sustancia sean tres sustancias, lo que en sí sería contradictorio y opuesto á la razón. La fé nos enseña, que una sola y misma naturaleza está en tres personas, y que estas tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no son más que un solo Dios.

Nada hay en este misterio, que sea absurdo ó contrario á la razón, como no lo hay en ninguno otro de los que forman el Símbolo cristiano. Afirmar y negar á un mismo tiempo, y bajo un mismo respecto, una cosa de otra, es un absurdo, un imposible, una cosa contraria y opuesta á la razón, y de consiguiente á la verdad. Esto mismo se verifica cuando de un solo sujeto se afirman simultáneamente dos atributos contradictorios, y de los cuales el uno es negación del otro, como sucedería si de Dios afirmáramos, bajo el mismo respecto, la unidad y la trinidad, que son propiedades del todo contradictorias y opuestas. Más no es esto lo que sucede con el dogma católico de la TRINIDAD de Dios.

Afirmamos de Dios la trinidad y la unidad, pero bajo dos aspectos enteramente diversos. Decimos que Dios es trino en las personas y uno en la naturaleza ó esencia. Admitimos real distinción de las personas en que subsiste la Divinidad, que al mismo tiempo reconocemos y confesamos ser una é indivisible.

Las naturalezas creadas, por ser finitas, no pueden subsistir individualmente las mismas en diversos sujetos ó personas. Así, tres hombres, son tres personas distintas, en quienes subsiste una misma naturaleza humana *espectiva*, más nó una misma naturaleza humana *individual*. Pero una naturaleza infinita puede muy bien subsistir en personas realmente distintas, sin mengua de su unidad individual y perfecta.

—"Si yo fuera como Dios, dice Bossuet, una naturaleza infinita, incapaz de todo accidente que sobrevenga á su sustancia, y que todo fuera en ella nec-

sariamente sustancial, mi *podér* (ó mi *sér*), mi *inteligencia*, y mi *amor*, serían alguna cosa subsistente, yo sería entonces *Tres Personas subsistiendo en una sola Naturaleza*."

El alma humana, en efecto, imagen y semejanza de Dios, tiene su trinidad en su unidad. Ella *es, conoce y ama*. La *idea*, ó el conocimiento, es una cosa distinta del *sér* y del *amor*, y el amor es también una cosa distinta de la *idea* y del *sér*.

Pero por lo mismo que el *alma*, ser finito y limitado, es susceptible como tal de diversas modificaciones y mudanzas, en ella, el *sér*, la *idea* y el *amor*, son simples accidentes ó maneras de existir, que no subsisten en sí, sino en el alma, no son tres personas, sino una sola persona, como son también una sola naturaleza individual.

En la sustancia divina, por el contrario, en la que no puede concebirse accidente ni modificación ninguna por ser infinita, ella es todo: el *sér*, la *idea*, el *amor*. Dios *es*, Dios se conoce y engendra su verbo. Dios *ama* á su verbo y es amado de su verbo, constituyendo así tres personas realmente distintas en una sola naturaleza: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y todas tres son un solo Dios.

Este misterio inefable de la TRINIDAD SANTÍSIMA es el principio, base y fundamento de la admirable economía de la Religión cristiana. Sus dogmas, sus preceptos morales, sus instituciones, su culto, su disciplina y orden jerárquico, todo viene de la TRINIDAD de Dios, y sin ella nada puede ser comprendido ni explicado.

La suprema felicidad y eterna bienaventuranza del hombre, último y soberano objeto de la religión y de la moral, depende toda ella de que el alma llegue á participar en cierto modo de esas divinas relaciones de la TRINIDAD BEATÍSIMA. Así lo significó claramente Jesucristo cuando se dirigió á su eterno Padre en fervorosa plegaria, después de la institución de la Eucaristía, que es el símbolo más perfecto de la caridad divina, diciéndole que todos los hombres fueran *uno* por la redención y por la gracia, como Él es *uno* con su mismo Padre y el Espíritu Santo, en unidad perfectísima de naturaleza y esencia.

—"Padre Santo! dice, conserva en tu nombre á aquellos que me has dado, para que sean *una* sola cosa como Nosotros. . . . No solo ruego por ellos, sino también por todos aquellos que han de creer en Mí por su palabra, para que todos sean *uno*; como tú, Padre, estás en mí y yo en Ti, así ellos sean *uno* en Nosotros, y el mundo vea por esto que tú me enviaste!"

San Salvador, mayo de 1883.

SECUION PIADOSA.

DOMINGO I DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Jesucristo enseñó á los hombres, y estableció entre ellos, el ejercicio de muchas virtudes, que los sistemas de moral del antiguo paganismo, nó solo no admitían ni sospechaban, sino que á veces recomendaban como virtudes muy dignas los hábitos á ellas contrarios.

Como la divina Religión del Cristianismo se funda toda ella en la caridad para con el prójimo, que es el más vivo reflejo de la caridad para con Dios, y su expresión más cumplida y perfecta, el evangelio á cada paso nos aconseja, nos recomienda, y aún nos manda con severos preceptos, la práctica de las obras de misericordia para con nuestros prójimos y hermanos.

Como tipo de esa misericordia, de que debemos usar en todas nuestras acciones sociales, se nos ofrece la infinita misericordia de Dios. "Sed misericordiosos, nos dice Jesucristo, como es misericordioso vuestro Padre."

Esta virtud de la misericordia, lo mismo que la virtud de la clemencia y la de la compasión por las desgracias y los infortunios ajenos, fueron virtudes casi del todo desconocidas de los antiguos paganos. Séneca, uno de sus mayores moralistas, decía que la compasión por las miserias de los otros era una señal de debilidad en el alma y de pobreza de espíritu, y en su libro *De Clemencia* hace depender todo el ejercicio de esta virtud, del resultado de un cálculo sobre ventajas personales y egoístas.

De qué diverso modo procede la moral cristiana! Jesucristo, no sólo nos prohíbe la venganza y el espíritu de venganza, sino también el simple odio, aun respecto de nuestros mayores enemigos, á quienes debemos amar lo mismo que á nuestros amigos y próximos parientes. Hace un precepto espreso y formal para obligarnos á devolver bienes por males, servicios por injurias, alabanzas por vituperios. Quiere que con toda preferencia roguemos á Dios por aquellos que nos odian, nos aborrecen, nos injurian y persiguen, que nos colmemos de nuestros especiales beneficios.

La ley moral del cristianismo, ley toda de caridad y de amor, no permite que nosotros nos vengemos jamás de los males que se nos causan, y hasta nos prohíbe con toda severidad que hagamos juicios desfavorables de la conducta de nuestros prójimos, por más que sea inhumana y cruel contra nosotros.

El mundo, que no conoce el espíritu de Jesucristo, ni sabe disfrutar de las dulzuras de sus divinos consejos y mandatos, atribuye á cordedad de miras, y á bajeza de alma y de intenciones, lo que los verdaderos cristianos hacen y practican inspirados por las altas y nobles virtudes, que han bajado del cielo para fecundar esta tierra de maldición y de oprobio. Gloríense enhorabuena los mundanos de su pretendida viveza, de su prudencia acrisolada, de su decantada elevación de miras, y de esa solicitud infatigable con que piensan cuidar de su reputación y de su honra; gloríense, digo, de tales dotes, en tanto que los cristianos, guiados por el espíritu del evangelio y el espíritu de Jesucristo, no ven en todo ese frívolo aparato, sino medios de alimentar la vanidad y el orgullo, y harapos que cubren las llagas del corazón y las enfermedades del alma y de la conciencia.

Dios ha reprobado ya la *sabiduría de los sabios* del mundo, y condenado la *prudencia de los prudentes* del siglo. La divina sabiduría del cristianismo nos ha enseñado máximas del todo diversas y contrarias, máximas que se apoyan en los principios inmutables y eternos de la razón y de la moral, y cuyo abandono lleva siempre consigo las mayores calamidades y desastres.

—"No juzgueis, dice Jesucristo, para no ser juzgados; no condenéis, para no ser condenados. Perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará; buena medida, apretada, remecida y bien colmada, darán en vuestro seno; porque con la misma medida con que midiéreis, seréis vosotros medidos."

¿Comprende el mundo la sublimidad de estas máximas, la altísima sabiduría que entrañan, la elevada importancia social que contienen? ¿Será posible concebir que una moral, que así condena los sentimientos innobles del corazón humano, y así levanta las bellas aspiraciones de la virtud, no es una moral divina, que en nada se parece á los pomposos sistemas, combinados por la vana especulación de la sabiduría mundana? ¿No se advierte en ese lenguaje sublime

y majestuoso, á la vez que modesto, claro y sencillo, el lenguaje de una sabiduría infinita, que conoce profundamente los más secretos resortes del corazón, y los pliegues más escondidos del alma y de la conciencia?

A nadie debemos juzgar, para no ser juzgados, ni á nadie debemos condenar, para no ser condenados. Esta sola máxima revela un perfecto conocimiento de la naturaleza humana, y ella sola envuelve la condenación más explícita y absoluta de la soberbia y del orgullo, origen fecundo de todos los vicios y pecados.

Los hombres somos débiles, ignorantes y miserables, dominados de mil pasiones, que á todas partes nos arrastran, como arrastran una hoja seca y despreciable las suaves brisas del otoño. Aun en medio de los mayores crímenes, somos más desgraciados que culpables. El error y la ignorancia á cada paso nos ciegan, y no nos dejan percibir los claros resplandores de la verdad y la virtud. El temperamento, las pasiones, la educación recibida, los hábitos contraídos en una edad que carece de reflexión y de conciencia, todo contribuye á que nos veamos por todas partes rodeados de peligros, que nos conducen al mal y al desenfreno de costumbres perniciosas.

—"Si Dios, nos dice el Apóstol, justifica al pecador ¿quién habrá que le condene?"

"¿Qué es por ventura el hombre?" se pregunta un sabio comentador de este bello pasaje de San Pablo. "Es un juguete infortunado de sus pasiones y de sus errores, se responde; una víctima de su ignorancia, ó que abusa de sus propias luces; una criatura que nunca se instruye sino por sus culpas; inconstante en sus gustos, incierto en sus resoluciones, llevado con mucha frecuencia hácia las cosas extremas, sin conocer nunca el verdadero punto en que es preciso colocarse; haciendo el mal que detesta, y huyendo del bien que aprueba; impetuoso en la juventud, niño en la vejez, é inconsecuente en todas las edades. El hombre halla en su cuerpo una carne indomable, en su espíritu un vano sofista ó un censor inútil, al paso que en su corazón solo encuentra combates continuos, deseos opuestos, que le hacen más miserable que pecador, más digno de compasión y de lástima que de odio y de desprecio."

Tal es el hombre, tales somos nosotros. ¿Cómo nos atrevemos, pues, á juzgarnos, á condenarnos unos á otros, cuando el mismo Dios, que es perfección infinita, nos tolera, nos sufre y nos soporta, disimulando nuestros defectos y nuestras culpas, y compadeciéndonos nuestras miserias y desgracias? ¿Quién de nosotros podrá tirar, sin ser digno de reproche, la primera piedra sobre sus hermanos culpables?

Ni vale decir que los hombres pierden por sus talentos, su ilustración y sus luces, el derecho que tienen á nuestra conmiseración por sus errores y sus culpas. ¿Cuál es la distancia que separa del resto de la humanidad á esos hombres que se llaman *instruidos*? Es tan pequeña y tan insignificante, que ante Dios es casi nula, y ante los mismos hombres apenas viene á servir de base para ciertas distinciones sociales y de rango, sin que jamás baste para destruir los naturales defectos y pasiones que tanto nos inquietan, nos molestan y degradan. Si á esto se agrega, que la ciencia, envuelta casi siempre en errores y tinieblas, fomenta el orgullo, la vanidad y la soberbia, cuando está mal dirigida, y no la informa el principio de la fé cristiana y de la verdad revelada, notaremos, que léjos de ser ella un motivo de severidad en nuestros juicios, debe más bien serlo de mayor tolerancia y disimulo.

Estos son los principios en que se funda el ejercicio de esa misericordia para con nuestros prójimos, que tanto nos recomienda el evangelio. No se con-

cibe cómo con la profesión de tales máximas, haya habido quienes acusen de intolerante al cristianismo. No puede ser intolerante una doctrina, que toda ella se apoya en máximas que revelan un profundo conocimiento del corazón humano, y de todas nuestras debilidades y miserias. La verdad nunca puede ser intolerante; asegurar lo contrario, es atribuirle los caracteres que son propios del error, de la pasión y del orgullo.

La verdadera intolerancia cristiana es solo la intolerancia de los principios, que lleva consigo la tolerancia de las personas.

La intolerancia del error y de la pasión es, por el contrario, la intolerancia de las personas, que también lleva consigo la tolerancia de los principios en lo que tienen de opuestos á la verdad.

El evangelio de este Domingo concluye con una alegoría muy adecuada, para recomendarnos el amor de nuestros prójimos, y la lenidad y mansedumbre con que debemos calificar sus acciones.

—¿Puede por ventura un ciego guiar á otro ciego? acaso no caerían ámbos en el hoyo?

Ciegos somos, ó podemos ser, todos los hombres por los diversos errores y pasiones que nos dominan; y así ningún derecho tenemos para juzgar ni condenar á los demás hombres.

—“El discípulo, continúa, no es superior al maestro, y perfecto será todo aquel que fuere como su maestro.”

Jesucristo es el maestro de los cristianos, y nosotros somos sus discípulos. Si él no juzga ni condena al pecador, sino que le justifica y le salva, ¿podremos nosotros, miserables, ignorantes y tal vez más pecadores, hacer todo lo contrario de lo que Él hace y nos enseña que hagamos?

—“¿Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo? O ¿cómo puedes decir á tu hermano: Deja que te saque la pajita de tu ojo, no viendo tú mismo la viga de tu ojo?”

Aquí se halla bien descrita esa ordinaria inclinación de nuestra humana miseria. Somos propensos á juzgar y exajerar los defectos, aún más insignificantes y pequeños, de nuestros hermanos, así como á disimular, ocultar y disminuir los nuestros, aunque ellos sean grandes y de bulto. La ley cristiana reprobaba y condena semejante propensión, con ello eleva la naturaleza humana á un estado de grande perfección y nobleza. Si esa ley se observara entre los hombres, ¿cuántos males se evitarían en la sociedad, y cuántos bienes se causarían, nó solo en lo espiritual, sino también en lo temporal y terreno!

—“Hipócrita! concluye Jesucristo, saca primero la viga atravesada en tu ojo, y después mira de sacar la mota del ojo de tu hermano.”

Ese grito del divino Maestro es el que debe resonar siempre en nuestras almas. Procuremos quitar y destruir nuestros propios defectos, nuestras malas pasiones, nuestros vicios perniciosos, y sembrar en el corazón las virtudes y los hábitos morales, sin ocuparnos de la vida y de los intereses de nuestros prójimos, sino es para ser con ellos tolerantes, benéficos, misericordiosos y pacíficos.

San Salvador, mayo de 1883.

CRONICA INTERIOR.

El decreto del Gobierno, que aprueba los reglamentos de la logia *Exelsior* n.º 17, es, á nuestro humilde juicio, 1.º el triunfo del Gobierno sobre la masonería; 2.º no produce á la *Exelsior* la utilidad que esperaba; y 3.º le causa graves males.

Vamos á manifestar las razones de este juicio.

1.º En política, la primera necesidad de un Gobierno

es gobernar todas las instituciones que se forman en el seno de la sociedad gobernada. Esta necesidad gubernativa encuentra resistencias casi insuperables en las instituciones, que, como la masonería, son esencialmente opuestas al orden social. Con ellas no queda otro medio á los gobernantes, que, ó destruirlas totalmente, para lo cual se requiere inmensa fuerza y energía; ó gobernarlas sin que lo conozcan, para lo cual se requiere inmenso talento y sutil tacto.

Napoleón I, uno de los genios más grandes de este siglo, empleó admirablemente este segundo medio con las lógicas de Francia, que habían llegado á su apogeo escalado durante las épocas del Terror y del Directorio, haciéndoles creer que las favorecía y honraba, cuando realmente las gobernaba y tenía en su mano como docil instrumento.

“El Emperador comprendió, dice el Sr. Gyr, todo lo que tenía que temer y que esperar á la vez de una institución tal como la masonería. Demasiado impetuoso para plegarse jamás á las exigencias de esta secta, y demasiado grande para colocarse bajo el yugo de una tan degradante tutela, fingió esteriotamente que la consideraba.

“Por otra parte, la política le aconsejaba alhagar á una institución que él, con su perspicacia y con su conocimiento de la humanidad, consideraba como un derivativo ó válvula de seguridad, por la que salta el sobra de los vapores revolucionarios, que causarían una explosión terrible, si fueran hreméticamente comprimidos.

“Por lo cual, dejando subsistir la masonería y concediéndola ciertos honores aparentes, (pero nunca llegó á aprobarla), logró hábilmente dominarla, vigilarla y hacerla obrar como él quería por medio de sus intermediarios, sin que ella lo sospechase y aún creyese todo lo contrario.”

¿Y que medio empleó Napoleón para llegar á tan difícil resultado?

El mismo autor nos lo dice:

“A este fin y para más alhagarla, consintió Napoleón que su hermano José Bonaparte, aceptase el título de Gran-Maestre, que le había ofrecido la logia; pero exigió al mismo tiempo que Mr. Cambaceres, su primer Ministro y su más hábil confidente, fuera al mismo tiempo nombrado *Gran-Maestre Asociado*; hizo responsable á este de todos los extravíos que pudieran cometer las lógicas; en consecuencia, le mandó ejercer la más activa vigilancia, é informarlo de los más pequeños detalles.”

La masonería, envanecida con el honor y aprecio de oropel que el Emperador manifestaba, poniendo á su cabeza un príncipe de su sangre y tan noble, no sintió la llave maestra que le introdujo para apoderarse de todos sus secretos y proyectos.

José Bonaparte asistió á la logia una sola vez, cuando fué á tomar posesión; pero el primer Ministro y fiel confidente no dejó una sola sesión que no presidiese, ni el más pequeño detalle á donde no penetrara su vigilancia.

El mismo Napoleón sonriéndose lo manifestó así en pleno Consejo, cuando discutía los artículos 291 y 294, del Código, que determinan la libertad de asociación: habiendo el consejero Murairé pedido una escepción en favor de la Masonería, Napoleón le respondió con cierta sorna:

—No, nó; la masonería protegida por el Gobierno, no es temible; autorizada, puede llegar á ser muy fuerte y aún peligrosa. Tal cual yo la tengo hoy, depende completamente de mí, y yo no quiero depender de ella.”

Sin vacilar, hemos juzgado ese decreto como al triunfo del Gobierno sobre la masonería; porque le de

tan directa intervención en la *lógica Exelsior*, que el Gobierno del Salvador puede decir como Napoleón I.º:

—*Tal cual yo la tengo hoy, depende completamente de mí y no quiero yo depender de ella.*

1.º También sin vacilar lo juzgamos como *simple fórmula, que ningún bien produce á la masonería.*

Porque en un país donde, como en el nuestro, hay libertad de cultos y libertad de asociación, la masonería no necesitaba de la autorización del Gobierno para seguir viviendo, así como no necesitó de ella para fundarse y organizarse.

Si esa autorización hubiera podido muy bien adornarse en público con sus *mandiles, delantares y banderas*, como antes se adornaba en secreto; bien hubiera podido *tirar canonazos, hacer bautismos, confirmaciones y sus demás ceremonias* á la luz del día, como lo practicaba á oscuridad de la noche; porque si se ocultaba es, no por miedo al Gobierno, sino por miedo á la sociedad que la rechaza y ridiculiza en todas partes.

—Se dirá que esa aprobación le sirve para tener personalidad jurídica ó entidad política?

—Pero no: la masonería en ningún caso puede obtener la entidad ó personalidad que el derecho concede solo á las sociedades que someten á la Autoridad pública su naturaleza, causas, objetos, medios, fines, razones de ser &c.

La masonería no ha hecho esto, ni puede hacerlo en ningún caso. 1.º Porque las *lógicas subalternas*, como la *Exelsior* n.º 17, ignoran esos misterios, reservados á los altos centros y elevados grados. 2.º Porque aunque los supiera, no puede revelarlos, por los terribles juramentos y anatemas que profirieron al entrar en la logia, *de jamás revelar ni decir á nadie y por nada sus leyes, órdenes, disposiciones & pena de la vida*.

Los masones de San Salvador se han guardado muy bien, de manifestar ninguno de aquellos puntos, aunque jurídicamente necesarios para obtener entidad ó personalidad política: solo han manifestado treinta y tres artículos reglamentarios, que dejan tan á oscuras su naturaleza, fines y medios, como lo eran antes de manifestarlos.

Es verdad que en todo lo demás se refieren á las EE.: GG.:, que, como sabemos todos, masones y no masones, solo hablan de dar limosna, de amor del prójimo, de la fraternidad, de la igualdad y de los otros adornos calculados para embellecer la *lógica*: pero ya en el siglo XIX, ni aún en San Salvador, se encuentra una persona tan sencilla que se apoye en ellos, ni tan cándida que los crea.

Por tanto siendo la aprobación del Gobierno á la *Lógica Exelsior*, no absoluta, sino relativa á su reglamento accidental, y á su forma esterna, resulta que dicha aprobación es *pura fórmula* que en nada aprovecha á la masonería.

III.º La aprobación gubernativa de los reglamentos de la *Exelsior* lejos de traerle los bienes que esperaba, le causa gravísimos males: porque la pone en colisión con las logias superiores; le quita la confianza del Gobierno, y le atrae las sospechas de sus conciudadanos.

En efecto, la pone en colisión con las logias superiores. Sabido es por una parte, que las logias subalternas dependen de las superiores con obediencia tan ciega, que deben ejecutar absolutamente cuanto estas les comuniquen, manden y ordenen: y sabido es por otra parte, que uno de los efectos de la aprobación gubernativa de los estatutos de una sociedad, es, que ya esa sociedad no puede variarlos ni modificarlos, sin la directa intervención del Gobierno que los aprobó. Por consiguiente dicha aprobación gubernativa coarta y contradice el poder director de las logias superiores sobre la *Exelsior*.

¿Que harán los masones del Salvador, si sus jefes les ordenan cambiar ó mantener lo que el Gobierno quiera al contrario mantener ó cambiar?

No hay duda, se verán en el conflicto de ó desobedecer á uno para obedecer á otro, ó engañar á los dos. De donde se deduce, que los altos centros masónicos no tendrán ya la misma confianza y aprecio en la *Exelsior*, que los obedecía antes siempre y en todo, y que desde ahora solo los obedecerá en algo y algunas veces.

Le quita la confianza del Gobierno ¿Qué confianza tendrá en los que deben dar cuenta á centros lejanos y desconocidos hasta de los más pequeños intereses á la logia? Y si esos intereses llegan á ser contrarios á los intereses del Gobierno, ¿tendrá seguridad de que sean más fieles al Gobierno, que á aquellos de quienes dependen con tantos juramentos y con tan terribles sanciones?

Le atrae las sospechas de sus conciudadanos. Supongamos que á la logia de Costa-Rica, que es de quien depende inmediatamente la de San Salvador, venga también el deseo de ser aprobada por su Gobierno: y supongamos además que mañana hay un choque entre el Salvador y Costa-Rica. Todos los salvadoreños tendrán razón en desconfiar de los masones salvadoreños dependientes de una logia, en la cual interviene el Gobierno enemigo del de su patria. El pueblo entónces, para creerlos fieles á su patria, tendrá que juzgarlos traidores á su logia: ó creerlos fieles á su logia, los juzgará traidores á su patria. Y como la nota de traidor, en cualquier aspecto que se le considere, se atrae siempre las sospechas, los masones salvadoreños se atraerán siempre el de sus conciudadanos.

Saludo.—“El Católico” saluda con el mayor aprecio á “*La Ilustración Musical Centro-Americana*,” que ha comenzado recientemente á publicarse, bajo la dirección del distinguido profesor D. Juan Aberle.

El objeto, la dirección y la forma de este nuevo quincenal, merecen por mil títulos las simpatías y el aprecio de la sociedad.

La música, que de la combinación, del tiempo y del sonido, forma las más bellas armonías naturales, tiene el poder misterioso de elevar el alma á las armonías espirituales, que se forman de la combinación de la verdad y del bien.

La música por tanto ha sido reconocida por todas las sociedades cultas como un poder civilizador, moderador de las pasiones, religioso y moral, que ha formado, mejorado y perfeccionado las costumbres.

Es verdad que de este arte divino se ha abusado, como se abusa de todo; pero la Dirección de la *Ilustración Musical Centro-Americana* aleja de sí ese temor. El Señor Aberle, no solo por su verdadero genio artístico, sino por haber sido discípulo del inmortal Maestro Mercadante, no puede inspirarse en otros ideales que en los dignos de su genio y de su escuela.

La forma del periódico corresponde á su objeto y á su dirección. Impreso en la *Tipografía de la Ilustración*, tiene las dotes de claridad, hermosura, firmeza de los grabados, claridad en la solfa, y mérito en los artículos.

Deseamos que *La Ilustración Musical Centro-Americana* ocupe el lugar que le corresponde, que es ciertamente uno de los más distinguidos en el periodismo nacional.

Defunción.—Tenemos el sentimiento de anunciar la muerte del Señor Presbítero Don Cástulo Cabrera, acaecida en San Vicente el 14 del actual.

Aunque había nacido en Guatemala, se incorporó en la Diócesis del Salvador, donde recibió las sagradas órdenes, y empleó todo un sacerdocio en el servicio de varias de sus parroquias.

El penoso ministerio del párroco le ocasionó una grave enfermedad, para cuyo alivio se trasladó á San Vicente donde fué nombrado Capellán; pero á los pocos días murió lleno de resignación.

La Diócesis del Salvador, que ha visto durante este año desaparecer á varios de sus sacerdotes, ha sufrido nuevo pesar con esta sensible pérdida.

¡Que el Dios de las misericordias y de todo consuelo, reciba en su seno á el alma del Señor Presbítero Cabrera y que consuele á su Iglesia enviándole nuevos operarios.

Hemos leído, con mucho gusto la réplica del Sr. Director de "El Escolar", á la contestación que dimos en nuestro número pasado á suprimir artículo sobre la *Escolástica*.

Es en verdad muy grato sostener una discusión, que, exenta de las pasiones que comunmente se oponen á la investigación de la verdad, es presidida solo por los principios y por el deseo de fijar las doctrinas.

El Señor Director de "El Escolar" ha colocado su discusión á esa altura; y su réplica, cuyo mérito relativo tenemos el gusto de aplaudir, nos proporcionará el placer de avanzar un largo espacio hacia el término definitivo.

La abundancia de ocupaciones nos ha impedido ocuparnos de esa materia en el presente número; pero le suplicamos no tenga á mal que lo difiramos para el próximo.

Hemos querido sin embargo manifestar tanto al Señor Director del Escolar como al público, que "El Católico" aprecia en altísimo grado las discusiones científicas, que, á pesar del choque de doctrinas y opiniones, sostienen con serenidad en su altura el aprecio á las personas, la unión de las voluntades y el inviolable respeto debido á la sociedad.

El próximo Jueves tendrá lugar en la Santa Iglesia Catedral la solemne función, con que la Iglesia Católica celebra en todo el mundo la institución del Santísimo Sacramento del altar.

Parte de esa fiesta es la *procesión*, en que se pasea en triunfo la *Divinidad Sacramentada* por las calles principales de la capital, para que la sociedad le tribute los homenajes de su fé, de su piedad y de su adoración.

Sabemos que las principales señoras y los distinguidos caballeros que forman las Conferencias de San Vicente de Paúl, se esfuerzan en poner todos los medios para que esa demostración corresponda al sentimiento religioso y á la piedad que caracterizan á casi la totalidad del pueblo Salvadoreño. Sabemos además, que el Municipio actual, fiel intérprete de los sentimientos de su representado é invitado por la autoridad Eclesiástica, tomará parte activa en esta fiesta que pertenece á todos los católicos.

"El Católico" se toma la libertad de invitar á su vez, á todos sus suscritores de esta ciudad, para la asistencia á estos actos, que si bien nada importan á los católicos, de nombre y aun son despreciables á los que se tienen por *más ilustrados* que sus conciudadanos, son del mayor aprecio para los verdaderos creyentes y católicos de corazón.

Piedad Católica. El Sr. Cura y Vicario de Sentepeque nos ha comunicado noticias, que ponen en

relieve el espíritu religioso y la gran piedad de los católicos de aquella ciudad.

Se está construyendo una Capilla hermosísima en la Iglesia parroquial de Santa Bárbara, cuyo trabajo, que por ser de mampostería y con muchos adornos, exige cuantiosos gastos, se hace solo con limosnas que ofrendan los fieles.

Es muy grato observar los nombres de las personas más distinguidas de aquella población inscritos en las listas de los que tan eficazmente se empeñan en el esplendor del culto católico. Hay persona que ha dado para esa construcción la considerable suma de \$ 1,100; y otra que ha enviado 700 pesos, con la mejor voluntad. Hay muchos que en proporción de sus circunstancias, han hecho iguales donativos y sacrificios igualmente apreciables.

Esto es la demostración palpable de la fuerza y vitalidad del espíritu religioso en nuestras poblaciones, que, así como aprecian tanto lo que favorece á su culto, así sienten y rechazan cuanto se opone á sus creencias.

Primera Comunión de Niños.—Hoy hemos tenido el gusto de presenciar en la Catedral una función de estas, que son de las más tiernas, conmovedoras y poéticas, que ofrece la Iglesia católica en la pompa y magestuosa solemnidad de su culto.

Más de 400 niños de ambos sexos han tenido hoy la dicha incomparable de recibir por primera vez la Divina Eucaristía. Hacía más de tres meses que se les preparaba para un acto tan importante en la vida de un cristiano, con esplicaciones catequísticas é instrucciones oportunas.

No hemos tenido tiempo de recojer más detalles; pero en el número siguiente nos prometemos darlos, sino nos fuere posible haberlos.

SECCION DE VARIEDADES.

La procesión del Corpus en una aldea.

No es sólo en las grandes capitales y ciudades de primer orden, donde la procesión del Santísimo conmueve profundamente nuestras almas; también la fiesta del Corpus en la aldea tiene sus encantos. Porque, si bien es cierto que en ella no deslumbran el magnífico aparato y las bellezas del arte, como en las importantes poblaciones, la pobreza y sencillez tienen su atractivo, y donde no brilla el genio del hombre, se dejan ver más de lleno las riquezas de la naturaleza, que es la obra de Dios.

En los pueblos pequeños, en que la vida es tan monótona y hay tan pocas cosas que despiertan el interés ó llamen la atención, una de estas funciones es un gran acontecimiento, del que se habla muchos días antes y se disponen los preparativos de la fiesta.

Como la parroquia suele carecer de recursos, de aquí que hay necesidad de apelar á la generosidad del vecindario. Y no en vano por cierto; pues no se llama con ese fin á la puerta más pobre, sin que entregue aunque sea una insignificante moneda, que quizá, quizá, representa el valor de un pedazo de pan de que se priva gustosa aquella familia, para que Dios sea llevado con más suntuosidad. ¡Qué confusión para algunos ricos de corazón empedernido, que no tienen en sus tesoros un céntimo para el culto divino; que les importa muy poco que el templo esté desmantelado ó amenace ruina, con tal que ellos tengan grandes casas extraordinariamente provistas hasta de mil superfluidades!

Ya se aproxima la fiesta, y todo es regocijo y en-

tusiasmo en aquella población; los cohetes trazando líneas de fuego en el espacio, las campanas repicando alegremente y las danzas del país, contribuyen á dar á este cuadro sorprendente animación. En tanto los vecinos visten su traje de fiesta, porque es el día del gran Rey; engalanan cuanto pueden sus modestas viviendas; cubren su tosca fachada con blanquísimos lienzos y sencillos cortinajes, tal vez más gratos á la divina mirada que las ricas sederías y los más costosos brocados; levantan arcos de triunfo con árboles y ramaje al Dios vencedor de la muerte y del pecado; de trecho en trecho colocan sencillos altares donde no hay alhajas de oro ni plata, ni vistosos jardines, ni preciosos candelabros, sino unos pobres manteles, algunas macetas de flores y cuadros é imágenes iluminadas por los cirios.

Sonó la deseada hora, y está todo preparado. A la puerta del templo se oye el tamboril y la gaita tocando canciones populares, á cuyo son bailan con inocentes danzas los labriegos. Esta es la única orquesta, pero es bien seguro que más alegra los corazones, que numerosa banda de músicos acreditados.

Ya salen los niños, primicias de la vida, entonando con puro labio é infantil acento los himnos armoniosos, que la Iglesia dedica al Sacramento de los altares.

En pos de los hombres con sus largas capas, que les dan un aire de armonía y majestad. En sus manos llevan cirios, que simbolizan la fé y la caridad, ó las sagradas insignias, los cetros, las banderas y pendones, que empuñan con santo afán, reputándose, como así es, por muy honrados con esas bendecidas enseñanzas de religión. Contraste singular con lo que acontece en otras poblaciones, en que todas andan rehuendo el llevar el lábaro bendito, como si fuera cosa deshonrosa, por lo cual suele pasar á manos de lo más humilde de nuestra sociedad.

Por fin viene el Dios Sacramentado en una pobre custodia, adornada con sencillas flores, yendo bajo pálio y seguido de multitud de personas reverentes. Va derramando bendiciones por todas partes; va pasando haciendo el bien, curando toda dolencia del alma, sanando las enfermedades del corazón y socorriendo mil necesidades, cual lo practica entre los suyos y los extraños en su mortal carrera.

El pobre anciano que ya no puede andar, le agurda cuando pasa por sus puertas asomado á su ventana, á donde se ha hecho conducir para poder adorar á su Dios y ver á su Padre ya en los umbrales de la eternidad, al mismo que verá en breve como Juez, y espera en su misericordia contemplar eternamente.

Los guardas de los campos y algunos cazadores, únicos que poseen armas, hacen repetidas salvas, y esta explosión excita á recordar que aquel Cordero, que va como enmudecido, es el Dios fuerte y poderoso, el Señor de las batallas, el que dispone el trueno y del rayo vengador.

Así recorre las calles y las plazas la humilde procesión, y sale á los campos para bendecirlos también, y descansar bajo la sombra del árbol secular ó la añosa encina, haciendo por dosel el ancho firmamento con las graciosas nubes en majestuosos pabellones de colorido inimitable.

Cuando Jesús descansa en estos altares, todo el pueblo dobla sus rodillas ante El, los cánticos son más expresivos, nubes de perfumado incienso suben delante de Dios con las plegarias de los fieles, y el sacerdote, reuniendo en una oración los sentimientos de los mismos, en pié, como representante de todos, dirige al cielo sus preces fervorosas.

¡Qué ocasión más oportuna para desatar nuestra lengua, como los niños del horno de Babilonia, y convidar á la naturaleza á que, ya toda reunida, ya en ca-

da una de sus partes, bendiga al Señor! Si, obras todas del Señor, bendicidle; y vosotros sus Angeles, sus sacerdotes, sus siervos, sus aves, sus peces, sus animales, sus fuentes, sus valles, sus ríos, sus montes, sus elementos y cuanto ha brotado de su divina diestra, postrándose ante El, bendicidle y alabadle eternamente!

Jesucristo ha recibido el homenaje de su pueblo; la creación entera ha pagado su tributo á su Hacedor, confesándole con muda pero elocuente voz, contra el indiferente y el ateo. *Este es el que nos ha hecho, nosotros no hemos podido darnos la existencia;*

Ya vuelve á su tranquila morada; salió con el corazón rebosando bendiciones, y regresa con el mismo Corazón colmado de alabanzas. Solicito Pastor de su rebaño, salió á visitarlo por las calles y por las plazas, por campos y por prados; y después de haber provisto á todas sus necesidades, vuelve á su oscura cabaña, que es el sagrario donde mora al parecer dormido, pero en realidad vigilante su divino Corazón sobre los hijos de su amor, esparcidos en torno de su Mesa como los renuevos de la oliva.

Una última bendición termina la ceremonia; entonces se le vuelve á presentar la ofrenda de todos los corazones, que quieren quedar prisioneros de amor con su Dueño sacramentado.

La humilde grey se retira silenciosa, algo triste porque se acabó su fiesta, pero satisfecha porque alabó á Dios, y confía que sentirá en su alma largo tiempo los dulces efectos de su visitación.

¡Qué diferente queda el corazón en estas festividades, de lo que le acontece con los regocijos del mundo! Allí la más pura satisfacción, aquí el desengaño y el hastío.

¡Ah! Señor, tú escondiste tales cosas á los grandes y á los sabios del siglo, y te has dignado revelárselas á los pequeñuelos, que el mundo mira con desdén y compasión. ¡Bendito seas por tanta misericordia!

Algún día sus mismos detractores, los que quizá les apellidaban *neccios fanáticos*, los verán glorificados, y reconocerán en vano y demasiado tarde, su propia insensatez.

JUAN MANUEL DE CARÚS.

(Lámpara del Santuario).

EL DÍA DE CORPUS.

Arda el incienso en pebeteros de oro;
El órgano sonoro
Inunde el templo santo de armonía;
De blanca cera luces á millares
Brillan en los altares:
Las calles y las plazas
Adórnense con púrpura y con flores;
Muestre el sol sus más bellos resplandores;
Cúbrense cielo y tierra de alegría;
Que hoy sale del santuario,
Donde por nuestro amor vive en la tierra
En el recinto estrecho del Sagrario
Entre místicos velos escondido
Porque no nos deslumbren sus fulgores,
El excelso Señor de los Señores,
Cuyo trono en los orbes tiene asiento,
El que anima los mundos con su aliento.

Venid, niñas piadosas,
Coronada de flores la alba frente:
Venid, puras doncellas,
Gozosa el alma, el labio sonriente:
Venid castas esposas,
Trayendo en vuestros brazos, amorosas,

Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas.
Venid á saludar al Dios elemento,
Al más hermoso amor de los amores,
Al que es de cielo y tierra Omnipotente;
Que entre místicos velos va escondido,
Porque no nos deslumbren sus fulgores.

Acuca el tierno niño, el varón grave,
El imberbe maneco;
Y si el alma turbada
No llega á penetrar, ni explicar sabe
El misterio que tiene ante sus ojos,
Postrándose de hinojos
Reconozca que el hombre es polvo, nada.
Los misterios de Dios Omnipotente
En su infinita inexplicable altura,
Aunque soberbia alguna vez lo intente,
Jamás podrá alcanzar la criatura.

“De aquí no pasarás,” dijo á los mares;
Y en vano con su ciencia
El hombre intentará romper los diques,
Que al mar trazó de Dios la omnipotencia.
Así cual puso dique al mar potente,
Límites dió á la humana inteligencia.

El sol que dá á los mundos luz y vida,
La luna y las estrellas,
Celestes luminares
Que brillan á millares
En el espacio inmenso de los cielos,
Misterios son, sublime maravilla,
Que solo Dios tan bella formar pudo,
Ante cuya grandeza
Se admira el hombre duro,
Y el sabio de su ciencia envanecido
Enmudece y se humilla,
É inclina la cabeza
Diciendo con acento dolorido:
“¡Toda una vida en estudiar gastada
Para saber, al fin, que no sé nada!”

Más que el sabio dichosa,
El alma venturosa
Que tiene fé y espera,
Dice humilde:—“Señor, yo no te veo;
Más la tierra y los mares
Y esos esplendorosos luminares,
Que en la celeste esfera
Brillar hermosos veo,
Libros son en que está tu gloria escrita;
Yo los miro y los leo;
Otras pruebas mi fé no necesita:
¡Te bendigo, Señor, tu nombre creo!

“Como el sol que se oculta entre las nubes,
En el sagrado templo,
En estrecho recinto,
Oculto, Jesús mío, te contemplo;
Más aunque allí te escondes,
Al alma que te busca fervorosa,
Como padre amoroso, le respondes.
Si la vista mortal no puede verte,
Puede el alma elevarse á contemplarte;
Que tu bondad inmensa en ella vierte
Al conocer su anhelo,
Tan clara luz, que al fin logra mirarte,
Gozando en este suelo
La dicha de los justos en el cielo.”

En el sagrado cáliz
El bálsamo se encierra prodigioso,
Que las profundas llagas cicatriza
Del corazón herido:
Allí el maná sabroso,
La cristalina y abundosa fuente

Donde el alma doliente
Que vá por este mundo peregrina
Con hambre y sed de un bien desconocido,
Bien que no puede hallar, más le adivina;
Allí todo su anhelo halla cumplido.

La belleza de Dios incomparable
El alma vé, y se anega
En un mar de delicias inefable.
Ama, y en este amor goza y se abisma
Olvidada del mundo y de sí misma.
A expresar su ventura
Nunca la humana lengua se atreviera,
Que fuera para hacerlo pobre y dura.
Sólo un Ángel pudiera
En divinos conceptos
De inefable dulzura,
En el cielo aprendidos,
Expresar estos goces bendecidos.

“¡Oh mi dulce Jesús! ¡Padre amoroso!
El que no logra hallarte,
Es que tal vez soberbio y orgulloso
No pretendió buscarte;
Que si amante y humilde te buscara,
¡Oh mi dulce Jesús! él te encontrará!”

Venid, niñas piadosas,
Venid, puras doncellas
Y vosotras también, castas esposas,
Trayendo en vuestros brazos, amorosas,
Vuestros hijos, cual muestran sus capullos
En el tallo gentil las frescas rosas.
Venid con alma pura
A saludar al celestial Esposo,
Que nos dice piadoso:
“Yo soy camino, soy verdad y vida”;
El alma que me sigue fervorosa
Nunca en tinieblas se verá perdida.”
Con un manjar divino
Amante nos convida:
Gustando el alma este manjar precioso,
Gozará eterna vida.

¡Ya aúma del gran día la alborada! . . .
Brilla el sol más que nunca esplendoroso:
Venid, cual tierna esposa enamorada,
Coronada de flores,
A saludar al celestial Esposo,
El alma de virtudes adornada,
Cantando mil loores
Al más hermoso amor de los amores.

JOSEFA ESTEVEZ DEL CANTO.

La eucaristía.

Dios con nosotros es al humanarse,
y en su amor sin medida
es *Dios con cada uno* al transformarse
y darse al hombre en celestial comida.
En las sombras allá del Santuario,
la misteriosa lámpara encendida
nos le revela oculto en el Sagrario,
por nosotros velando, de tal suerte,
que *nuestro dulce amigo* es en la vida,
y *prenda de salud* en nuestra muerte.
¡Loado seas, gran Dios! Gloria á tu Nombre!
¡Tú tan amante, y tan ingrato el hombre!

V. A.